

## RESEÑAS







**IZTAPALAPA**  
*Agua sobre lajas*

.....  
PABLO SOLER FROST, 1767. *UNA NOVELA SOBRE EL DESTIERRO DE LOS JESUITAS MEXICANOS*,  
Joaquín Mortiz, México, 2004.  
.....

POR JUAN ANTONIO LINCOLN STRANGE MATEU  
UAM Unidad Iztapalapa  
jalstrange@hotmail.com

*Sólo los novatos pensaban (y con frecuencia piensan todavía) que la caracterización histórica de hombres y situaciones consiste en un amontonamiento de significativos rasgos históricos particulares.*

Georg Lukács

Para Camilo José Cela “es novela el libro que así lo haga constar al comienzo”. La novela de Pablo Soler Frost (Ciudad de México, 1965) que aquí reseñamos sería una novela porque así lo declara el título; sería una novela histórica por su tema: la expulsión de la Compañía de Jesús de la Nueva España en 1767. Sin embargo, la fórmula “novela histórica” no resulta fácilmente definible, pues implica “la ruptura de los límites semánticos de cada término”, es un género híbrido que “resulta de la incorporación de materiales históricos en un mundo ficticio” (Jitrik, 1995: 10-11). La novela histórica fue un género rápida y tempranamente adoptado por los novelistas de las nacientes repúblicas latinoamericanas en el siglo XIX y, amén de divertir a los lectores con sus truculencias, cumplió con la finalidad de impulsar la formación de una conciencia nacional y “respaldar la causa política de los liberales contra los conservadores” (Menton, p. 36), que se identificaban con las instituciones políticas coloniales.

Para Lukács, la novela histórica tiene como principal componente la historia misma y no debe ser la transcripción de eventos históricos, sino reflejar las tendencias sociales y las fuerzas históricas cifradas en la vida y destino de un héroe “mediocre”. En América Latina la novela histórica da paso a la novela naturalista y a la costumbrista, pero se sigue

cultivando el género, aunque abandona la encomienda de germinar en los lectores una conciencia nacional ligada a la visión liberal partidista.

En el *posboom*, el género experimenta un renacimiento con la aparición de la nueva novela histórica (NNH) que presentaría algunas características “novedosas”, como la deliberada distorsión de la historia, recurriendo a omisiones, exageraciones y anacronismos; “la ficcionalización de personajes históricos a diferencia de la fórmula de Walter Scott –aprobada por Lukács– de protagonistas ficticios”; la metaficción, la intertextualidad o la parodia (Menton, pp. 42-44). Sin embargo, si aceptamos que la novela es un vehículo del autoconocimiento del hombre, la novela histórica debe ser una vía del conocimiento histórico del hombre. Como dice Lukács, “de lo que se trata en la novela histórica es demostrar con medios *poéticos* la existencia, el ser así de las circunstancias históricas y sus personajes” (1971: 46). Por ello, algunos críticos no aceptan el término NNH. O la novela consigue el propósito de mostrar el “ser así” o no lo consigue: en el primer caso será “histórica” y en el segundo no.

*1767* narra la expulsión y destierro de los jesuitas mexicanos. Su personaje principal es un joven criollo, Pablo Rayón, que, decidido a seguir a los “padres prietos”, sufre diversas peripecias. Este marco narrativo le sirve a Soler para mostrar las virtudes de la Compañía. Esta novela, digámoslo de una vez, no es una novela histórica, pues la reconstrucción del pasado que acomete un novelista cuando elige un tema histórico debe, en efecto, respetar la verdad fáctica, pero, más importante aún, la historicidad de sus personajes, esto es, el ser social de la época que ficcionaliza. Soler Frost no lo entiende así. Veamos un ejemplo, la descripción de unos rancheros de la época:

Ninguno de los tres conocía ni la ciudad ni el siglo XVIII; ni, para el caso, el XVII. Vivían en ese estado arcádico y salvaje que, no por haber sido añorado e idolatrado por los sabios franceses, dejaba de existir en la realidad. Comían con apetito, se dormían como piedras, trabajaban como caballos y sus deseos y sus devociones eran tan de la tierra como los pedruscos negros que se elevaban al cielo y tan naturales como la caña de azúcar o la chirimoya. Pecaría de ingenuo, o aún peor, de malvado, si no los proclamara los mejores de los hombres (p. 141).

Soler Frost, tal vez para rescatar el sabor de la época por medios diferentes a la caracterización de personajes –que no comprende–, incorpora documentos contemporáneos –y no tanto– al suceso que noveliza, muchas veces textualmente. Su justificación es que “no tiene caso que uno escriba mal lo que ya bien escribió otro hombre” (p. 113). Así, inserta el famoso bando del marqués de la Croix, memorable por aquello de que “de una vez para lo venidero deben saber los súbditos del gran Monarca que ocupa el trono de España, que nacieron para callar, y obedecer, y no discurrir, ni opinar en los altos asuntos del Gobierno” (p. 93), pero además incorpora la glosa de una loa al Colegio Máximo

de San Pedro y San Pablo de Francisco Javier Lozano de 1760 (pp. 46-47); citas textuales extensas de Lucas Alamán, Bernardo de Balbuena, Marcelino Menéndez Pelayo, el conde Tolstoi y otros; un censo de los centros jesuitas en la Nueva España, etcétera. De esta novela y su autor podríamos repetir el juicio de Brushwood sobre Ireneo Paz y sus *Leyendas nacionales*: “Muy a menudo no supo cómo trocar la historia en ficción y solemos encontrar-nos páginas de estadísticas, documentos legales y demás cosas por el estilo, sin la menor cabida en una novela” (p. 196). Cabría señalar que la incorporación de los materiales históricos que hace Soler Frost nada tiene que ver con la polifonía sistemática de Roa Bastos en su *Yo, el Supremo*.

Para la construcción del pasado no basta la fidelidad y el respeto a la cronología o a los hechos aceptados históricamente para producir el efecto estético de mostrar el “ser así” de determinada época: se podrá hacer una buena o mala novela, pero no se hará una novela histórica, porque en ella la historia es un componente esencial y no sólo un decorado contra el cual representar nuestra incomprensión del tiempo actual sobre la ignorancia del pasado, utilizando figuras y sucesos históricos como simulacros de nuestros fantasmas. Lo anterior viene a cuento porque Soler Frost repite con docilidad la versión jesuita de la expulsión y llama, por ejemplo, a Voltaire “mono avieso y burlón, que, sentado en su excusado en Francia, seducía a los corazones a la distancia” y lo condena al infierno (“el señor Arouet, consta, que si se hubiera arrepentido, estaría gozando del cielo”), después de compararlo, desfavorablemente, con Alarico y Atila que “tan sólo tenían el poder de matar los cuerpos; este otro, el ‘Sumo Pontífice de Verney’ [...] iba en contra de la ciudadela del alma” (p. 72). Soler Frost renuncia a la distancia crítica que brinda la historia y cae en el peor de los anacronismos, aquel que anula la historia misma y el privilegio de la mirada distanciada: si es grave para el novelista histórico proyectar sus prejuicios a la época que aborda, lo es más suscribir los de ésta. Cuando se refiere a la Compañía, la imagina “como si fuera la flor del maguey, alta, fuerte, hermosa, que preludia la muerte de la radiante planta [...] Se iban, y nosotros nos quedábamos sin ellos” (p. 115), y estos ditirambos piadosos abundan en la novela, así como los insultos a los enemigos de los jesuitas. La visión hagiográfica también está presente cuando describe la relación del protagonista con su amigo Jerónimo:

Y ambos amigos en todo iban acompañándose, y se esperaban en los corredores o fuera del confesionario, y oían misa juntos, tocándose con los codos al arrodillarse, y tenían una amistad inocente, pero intensa, y pensaban uno en lo bueno que era el otro y en cómo más agradarle (p. 51).

Y ambos se abrazaron, y lloraron y se besaron las manos, porque eran jóvenes y estaban llenos de vida y del ansia de ser un héroe o un santo, resolviéndose por esto último (p. 53).

Podríamos invocar a Freud, pero no lo haremos, porque Soler Frost ha dicho de sí mismo que él no es políticamente correcto y que, de hecho, ser católico es ser políticamente incorrecto,\* pero escribir una novela *piadosa* en estos tiempos puede ser considerado como una broma posmoderna por “quien no conozca la sinceridad de la fe” del autor (Domínguez, 2004: 77). Creo que no es necesario llegar a ese conocimiento para considerar a *1767* como ajena a las tentaciones paródicas de la NNH; por el contrario, es una novela escrita con la sinceridad –o ingenuidad, si se quiere– de un escritor que no busca seguir la moda ideológica posmoderna. Sin embargo, sus “excentricidades” narrativas son de hecho metaficcionales, ligándolo a la mayoría de los escritores de la NNH:

Basta de teorizar o moralizar. La novela exige otro ritmo. Aunque no me desdigo de nada, ya ni llorar es bueno. Es más, como se dice, de lo perdido lo que aparezca. Y mientras, narremos (p. 76).

... escribir una novela es como enfrentarse a un enemigo que esgrime un hacha a nuestra izquierda y viene armado hasta los dientes (p. 199).

Sus extensas citas pueden verse como intertextualidad; la incorporación de voces y giros vernáculos –donde “se paladea el español mexicano” (Domínguez, 2004: 75)– como polifonía: “me cuadra y me gusta y otro tanto ni me cuadra ni me gusta” (p. 15). Diríamos que, en el aspecto estilístico y formal, *1767*, dentro de su originalidad o por ella misma, no desentona demasiado de otras novelas contemporáneas, como tampoco lo hace por su temática histórica. No obstante, al presentar a los “padres prietos” con mansedumbre mirífica, con una reposada y lúcida beatitud, como alegres mártires, pierde la oportunidad de mostrarnos el vigor subversivo que su magisterio representó para la conciencia de la naciente mexicanidad y que era, tal vez, lo más temible que en ellos vieron los Borbones. Al presentarlos como víctimas inocentes del despotismo ilustrado, *1767* se convierte en una increíble novela hagiográfica del siglo XXI, que no histórica, y nos perdemos la exploración de los verdaderos conflictos sociales que animaron esa época.

Finalmente, no dejaría de ser irónico que, en sus avatares, la novela histórica, que nació al servicio de la causa liberal en el siglo XIX, terminara al servicio de la reacción conservadora.

\* “La entrevista. El torbellino de Pablo Soler Frost”, en *Punto G*, <http://www.puntog.com.mx/2001/20010601/ENA010601.htm>

## Bibliografía

Brushwood, J. S.

1993 *México en su novela*, trad. de Francisco González Aramburo, Fondo de Cultura Económica (Breviarios, 230), México.

Domínguez, Christopher

2004 “Retrato de un moderno”, en *Letras Libres*, octubre, pp. 76-78.

Jitrik, Noé

1995 *Historia e imaginación literaria. Las posibilidades de un género*, Biblos (Estudios literarios, 1), Buenos Aires.

Lukács, Georg

1971 *La novela histórica*, trad. del alemán de Jazmín Reuter, ERA, México, 2ª ed.